

**Jueves 21 de mayo de 2020**

*Jn. 16, 16-20*

“Estarán tristes, pero su tristeza se convertirá en alegría”

*Apareces  
por senderos insospechados,  
pleno de humanidad,  
radicalmente Dios.*

*Apareces,  
y se levanta indeclinable  
la alegría.*

La experiencia de Dios transforma nuestra tristeza en alegría, nos conduce a mirar la historia desde una óptica creyente y esperanzada. No se trata de negarnos la realidad, ni de interpretarla desde lógicas superfluas o fáciles. La mirada debe ser realista, las situaciones hay que nombrarlas desde la verdad y sin temor al conflicto.

En toda realidad, por más cruda y dura que aparezca, hay una posibilidad germinal, que brota de la fe y del poder de lo comunitario, de lo que se teje y se construye con otros, y ahí, justo ahí, radica nuestra confianza. Brota de la certeza de que todo es “Historia de Salvación”.

No se trata de alimentar la euforia, el desmedido optimismo, o el ingenuo triunfalismo, no es eso lo que estamos llamados a vivir los cristianos. Lo nuestro es ESPERANZA, y esa está anclada en la experiencia de la pascua, en la certeza de que la muerte no tiene la última palabra, de que nuestro Dios vive y su opción es el Reino, los últimos, los desheredados.

La alegría que nos promete Jesús, en el Evangelio de hoy, surge de la experiencia de sabernos “amigos en el Señor”. Amigos que beben juntos de la misma fuente y no la retienen, para permitir que siga fluyendo en fidelidad al Dios capaz de hacer nuevas todas las cosas.

Esta alegría que Él nos anuncia, se actualiza, incluso en época de aislamiento, en la vivencia de la amistad que supone atención a la realidad, disposición a salir de sí mismo para pensar en los demás, intuición que desinstala y pone en el lugar del otro para con generosa ternura cuidar de él y de lo suyo.

Esta vivencia de lo comunitario que alegra, exige desvivirse en el arte de lo gratuito, de aquello que no se calcula con cronómetros, ni se determina en la rigurosidad asfixiante de las agendas. Supone darse, sin cálculos, ni condiciones, más allá de toda lógica y simplemente por amor.

Esta vivencia profunda, de la alegría que perdura, hará que se tejan relatos comunes y que con silencios sonoros nos acerquemos al misterio del otro. Nos hará más libres y en honor a ella, no será posible retener nada, ni a nadie.

Esta fundada en la experiencia permanente de la kenosis, de la ofrenda sin límite, de la donación en la que todo adquiere sentido y fecundidad.

Hoy, nuestra Iglesia tiene el desafío de una nueva “relacionalidad”, que podamos aprender el modo de Jesús; que en lo cotidiano nos demos cita para ser y sentirnos “amigos-hermanos en el Señor”. Y que la experiencia de ser con otros y en misión, nos conduzca a la alegría.